

su casa los que son verdaderamente religiosos. Una palabra vuestra al carcelero, si os dignais darle como regla lo que acabo de deciros, pondria para siempre término á este desórden y aliviaria de una gran molestia á aquel por cuya tranquilidad os habeis incomodado tantas veces.—Manuel Kant (1).» Mas no fué tan solo el canto de la prision lo que interrumpia su tranquilidad. Oíanse frecuentemente en la vecindad músicas de baile que hacian perder á nuestro filósofo el tiempo y el buen humor, lo que tal vez contribuyó no poco á producirle la aversion que por la música sentia y que llegara á llamarla «un arte importuno.» Hasta en su *Estética* conservó aún el mal efecto que estas perturbaciones le produjeron.

Todo lo que interrumpia el círculo habitual de su vida le era desagradable. A la hora del crepúsculo acostumbraba con toda regularidad entregarse á la meditacion, y como tenia el hábito de fijar los ojos en algun objeto cuando se entregaba á sus reflexiones, tendia su vista en esta hora meditativa por fuera de la ventana de su cuarto, é iba á fijarla en la torre de Loebenicht, que estaba enfrente. No hallaba él términos con qué expresar la satisfaccion que sentia—segun Wasianski—al hallar un objeto tan adecuado á lo que él apetecia y á distancia tan conveniente. Pero más tarde empezaron á crecer entre Kant y la torre los álamos de un vecino, que al fin concluyeron por ocultarla á su vista. Fué tan sensible á Kant el verse privado de su acostumbrado espectáculo, que no paró hasta conseguir de la generosidad del vecino el sacrificio de las copas de sus árboles. Toda modificacion en las costumbres de su casa y en el órden de su vida le desagradaba, y se defendia contra la más pequeña todo el tiempo posible. Parecia que su ca-

(1) La carta está fechada el 9 de Julio de 1784.

rácter y el órden de su vida y de su casa se habian formado al mismo tiempo. Cuando le invadieron los años y la vejez, necesitó, sin embargo, aceptar algunas modificaciones y el auxilio de otras personas. Con la mayor repugnancia se resignó á esta necesidad. Solo despues de grandes luchas interiores pudo una vez despedir á un antiguo criado que habia tenido durante cuarenta años, y que no solo era completamente inútil, sino de conducta en extremo indigna. Pasábase el dia entero reflexionando sobre el caso, y pareciale tan difícil desprenderse de aquel hombre, que necesitó de toda su energía y de un esfuerzo extraordinario para no seguir pensando en él. Para tener más presente su resolucion, escribió en uno de los cuadernos que más usaba, para facilidad de su memoria, las frases siguientes: «Es preciso olvidar á Lampe (1).» Así se llamaba el criado.

4.—*Orden económico de su vida.*

Su manera toda de vivir estaba arreglada segun principios exactos y costumbres que tenian el carácter de una regularidad matemática. Tenia distribuido el dia con la mayor exactitud y el uno era completamente igual al que le precedió. El tiempo era la principal fortuna de Kant y lo administraba como su dinero, con la mayor economía. El sueño no debia durar más de cinco horas. A las diez en punto se acostaba y á las cinco de la mañana se levantaba. Tenia su criado órden de despertarle y de no permitirle, de ningun modo, dormir más tiempo. Gustaba Kant oír decir á su criado que por espacio de treinta años no habia dejado nunca de levantarse á la hora precisa. Dedicaba la mayor parte de la mañana á

(1) 1.º de Febrero de 1802.

las lecciones. A las siete en punto salía de su cuarto de estudio y marchaba á su clase. A eso de las nueve, hora en que de ordinario terminaban sus lecciones, regresaba á su casa, entraba en su cuarto de estudio, donde se ocupaba en sus trabajos científicos y en lo que destinaba á la estampa. Trabajaba sin descanso hasta la una, hora en que salía á comer y momento de descanso el más agradable y fecundo para él. Gustábanle los placeres de la mesa, y de todos los sensuales, eran los únicos que prefería y de que cuidaba un tanto. Pero no por esto debe creerse que fuera este hombre tan sencillito un gastrónomo refinado, pues no tenía en su mesa mayor refinamiento que en lo restante de su vida. Mas en el modesto límite de la vida comun, gustaba de una buena mesa, y la consagraba no poco tiempo. En el *cenam ducere*, seguía con gusto el ejemplo de los antiguos epicúreos. No empleaba, por supuesto, en comer todo el tiempo que dedicaba á la mesa, tres horas por lo regular y á veces cinco, sino á la sociedad que nunca le fué tan agradable como en estas horas. En esos momentos se volvía Kant conversador y comunicativo. Poseía el don de una conversacion variada, interesante é instructiva, y era en su casa tan buen anfitrión como bien venido huésped en la agena. Nadie hubiera descubierto en tan alegre compañero de mesa, que hablaba con cada uno de lo que más le interesaba, y con las mujeres del arte culinario, al pensador más profundo de su época. Hasta sus sesenta y tres años comió Kant en un hotel; más tarde, cuando tuvo una casa propia, convidaba diariamente á su mesa á algunos de sus buenos amigos, los que seguramente tuvieron no poca influencia en su vida. Aun con sus mismos convidados practicaba el celo crítico y el orden sistemático que á todo aplicaba. Todo lo examinaba; todo estaba pensado y arreglado á la general armonía; la eleccion de platos, la de los invitados y su

número; el tema para la conversacion y hasta la forma y el momento de las invitaciones. Los convidados no debían ser ménos de tres ni más de nueve; «su sociedad no habia de ser mayor que el número de las Musas, ni menor que el de las Gracias.» Despues de la comida y de un ligero reposo, venia siempre el paseo, que duraba ordinariamente una hora, y áun más, si el tiempo era hermoso. Generalmente paseaba por un camino que se llamó despues el *paseo del filósofo*. Las más veces paseaba solo y despacio; ámbas cosas por razones higiénicas. Dedicaba las horas de la tarde á la lectura en su cuarto, y las horas del crepúsculo á la meditacion. A las diez estaba terminado su dia. No era fácil hacerle salir de este órden regular diario, y si por casualidad y contra su voluntad tenia que infringir en algo su plan, se prevenia para la segunda vez é inscribia entre sus máximas el evitar para lo futuro un caso semejante. No importaba la pequeñez del caso para hacerle quebrantar su propósito y hacer una excepcion, hasta tal punto, que no pocas veces habia una contradiccion cómica entre el rigorismo de la máxima y la nimiedad de su aplicacion. Cuenta Jachmann un ejemplo muy elocuente. «Una vez volvía Kant de su paseo habitual, y al momento de entrar en su calle, encontró al conde *** que iba en un coche por la misma calle. El conde, hombre muy atento, detuvo al punto su carruaje, bajóse de él, y suplicó á nuestro filósofo que diera un paseo con él. Kant, sin reflexionar y cediendo al primer impulso de la urbanidad, aceptó y subió al coche. Los briosos movimientos del fogoso corcel y las voces del conde le hicieron bien pronto recelarse, no obstante las seguridades que el conde le daba de sus conocimientos en el asunto. Fueron primero á visitar algunas propiedades inmediatas á la ciudad; propuso despues el conde una visita á un amigo, distante no más que una milla, y Kant, por cortesía, no tuvo

otro remedio que acceder á todo. Por último, contra todas sus costumbres solo pudo llegar á su casa á las diez, incómodo y disgustado. Con este motivo tomó por máxima no subir jamás á un coche que él mismo no hubiera alquilado y del cual pudiera disponer á su antojo, así como no dejarse convidar nunca por nadie. Bastábale haber establecido una máxima para que formara parte de él; sabia ya cómo debía conducirse en otro caso semejante, y nada en el mundo era capaz de hacerle desistir.»

Así fué como pasó la vida de Kant, siempre lo mismo, como el más regular de todos los verbos. Todo estaba meditado, pensado, determinado segun reglas y máximas, en todos los detalles, hasta la comida de cada día y el color de cada prenda de vestir. Vivía en todas sus partes como el filósofo crítico, de quien decia en broma Hippel que así hubiera podido escribir una crítica del arte culinario como la de la Razon pura.

5.—*Celibato.*

En esta organizacion de su vida, que formaba un sistema completo y acabado, exactamente dividido y detallado como un libro kantiano; en este orden estereotipado que tenia en todas sus esferas la independencia personal del filósofo, se comprende muy bien que Kant se bastaba á sí propio en el interior de su casa, y que no habia de tener inclinacion á la vida entre dos. Realmente, el círculo uniforme de su vida no podia tener otro centro que él. Hé aquí la razon de que permaneciera célibe. El matrimonio no podia penetrar en el orden de su vida. Su amor exclusivo á la independencia le retenia célibe. Además, las inclinaciones que impulsan al matrimonio no fueron tan vivas en él que causaran á su estado célibe grandes privaciones. No habia en su vida

hueco alguno que el matrimonio pudiera llenar. Y á medida que avanzaba en edad, se arraigaban más sus costumbres, y el sistema de vida que habia seguido era incompatible con la vida conyugal. Pretenden sus biógrafos que aun en edad muy avanzada estuvo dos veces á punto de casarse; pero que faltó en el momento oportuno; esto prueba que no habia tomado en serio la cosa. Estaba conforme con San Pablo sobre el matrimonio: casarse es bueno; no casarse mejor, y hacia además referencia al juicio de una mujer muy inteligente que le habia repetido muy á menudo: «Si te va bien, quédate así.» Mas no debe por esto creerse que fuera insensible ó contrario á las mujeres, porque no era ni lo uno ni lo otro, antes bien, gustaba en extremo de su trato y dícese que se mostraba con ellas sumamente amable y atento. Eso sí, no habian de ser eruditas, ni debía versar la conversacion sobre puntos que traspasaran los límites prescritos en la buena sociedad. Le impresionaban vivamente las gracias y encantos que da á la sociedad la mujer, pero tambien es verdad que no sintió mucho que le fuera indispensable en su vida íntima esta bella mitad del género humano. Su falta no le causó tampoco enojo alguno. No dejaron de hablarle de ello sus amigos y hasta de aconsejarle; pero siempre permaneció sordo á sus deseos, aunque los recibiera con benevolencia. Aun teniendo sesenta y nueve años, un pastor de Koenisberg le instó á que se casara y hasta le llevó en hora no acostumbrada un escrito que con este objeto habia publicado: «Rafael y Tobías, ó el diálogo de dos amigos sobre el matrimonio agradable á Dios.» Kant indemnizó á este buen hombre de los gastos que habia hecho, y referia frecuentemente de muy buen humor esta edificante conversacion.

El matrimonio es una de esas condiciones que solo pueden ser conocidas practicándolas, y como Kant no se

sometió nunca á ese régimen, permaneció oculta para él la dicha y la dulzura que en esta vida comun existe. Él lo consideraba como una relacion externa de derecho, en la cual los contrayentes no son el uno para el otro más que un medio y no un fin; y lo que es todavía más característico para su manera de considerar esto, hallaba la parte útil del matrimonio en condiciones económicas, es decir, en el concurso que una mujer rica da á la independencia de su marido. Asegurada esta relacion económica y la mútua benevolencia, parecíale el matrimonio realmente feliz y racional por la sencilla causa de que estaba fundado en principios sólidos de la razon. Estos matrimonios de razon eran los que frecuentemente aconsejaba á sus amigos jóvenes, y á veces los instaba vivamente, llegando el caso de disgustarse si notaba que la pasion tenia entrada en sus propósitos. No es posible pensar nada más prosáico, vulgar, comun y, en el sentir de algunos hombres, más práctico sobre el matrimonio que lo que pensaba Kant, quien carecia por completo de sentido para comprender su parte poética y sentimental. Falta es esta que solo podemos perdonar al filósofo achacándosela al solteron. En algunos de sus héroes, parece que es la filosofía poco favorable al matrimonio. Descartes y Hobbes, Spinoza y Leibnitz, fueron tambien célibes.

IX.

LOS PRINCIPIOS.

El mismo orden y puntualidad que Kant tenia en todo, se muestran tambien en sus trabajos. Formaba su plan en la meditacion silenciosa; reflexionaba sobre el asunto que queria tratar la mayor parte de las veces durante sus paseos solitarios; tomaba despues notas en hojas vo-

lantes, las estudiaba más tarde en sus detalles, y cuando queria dar algo á la estampa, era menester que estuviera antes acabado el manuscrito en todas sus partes. Esta es la razon de que tengan todos sus escritos la madurez y el carácter que los distingue y que le aseguran en la historia de la filosofía un lugar tan eminente, el primero sin duda alguna en la filosofía alemana.

Frecuentemente se ha comparado á Kant, en su obra filosófica, á un comerciante que en todos los negocios que trata, cuenta exactamente su capital, conoce perfectamente los limites de su capacidad financiera y nunca se sale de ellos. Analizó, tanto como pudo y con el mayor celo, todo el capital de los conocimientos humanos; y si pueden ser comparados los conocimientos que se adquieren con las mercancías que se expenden, Kant ha separado las buenas mercancías de las ilegítimas, para vender solamente, como hombre honrado, las buenas y legítimas. Ha verificado el inventario de la filosofía segun lo que realmente posee, lo que puede todavía adquirir, lo que falsamente cree haber adquirido, y enseña á los otros como si realmente lo poseyera. Aún puede extenderse esta comparacion de Kant con el comerciante á su propia persona. Su carácter tiene algo del comerciante honrado, y sus mismas amistades hablan de esta semejanza. Hombre completamente libre de prejuicios y sóbrio, de una moralidad sencilla é inquebrantable que por instinto rechaza lo que es simple apariencia y tiende hácia lo verdadero, es Kant uno de los pocos que viviendo en este mundo de apariencias, no les dan valor. De aquí que el rasgo más enérgico de su carácter, el más grande y general sea ese sentimiento incondicional de la verdad, que tanto ha menester la ciencia, y que en medio de las ilusiones que llenan el mundo, es tan difícil encontrar para que se disipen las tinieblas que lo rodean. No basta para el sentido de